



Mirando nuestra intimidad regional



El planteamiento de proyectos de desarrollo humano en nuestra región necesariamente tiene que partir de un sólido conocimiento y profunda reflexión acerca de sus características esenciales. Por lo general, la dinámica cotidiana y las vicisitudes en las que nos envolvemos en el día a día, sea por nuestra falta de información o por prejuicios instalados en nuestras percepciones, no nos permiten ver lo esencial de nuestras características, lo cual posibilita que a nuestra región la veamos equívocamente, es decir, como no es y, en consecuencia, adoptemos muy diversas decisiones que colisionan con nuestra esencia regional en lo físico-geográfico, ecológico, social, cultural, económico, etc.

Y esto sucede tanto en los más altos niveles de los poderes político-administrativos como en la esfera individual de cada uno de los ciudadanos que conformamos la colectividad amazónica, por las deficiencias de una educación tradicional urbanizante, ideologizadora, impertinente, que instala en nuestro substrato psicológico paradigmas mentales incompatibles con nuestras características propias y diferenciales, a pesar de los mensajes provenientes de la realidad circundante.

Por ello es que, a manera de contribución a la solución de este problema de percepción y acción, hacemos un acercamiento a tales particularidades, que deben ser tenidas en cuenta en nuestro actuar individual, institucional y colectivo, sobre todo por quienes elaboran propuestas políticas de desarrollo. Candidatos al poder político de por medio.



Una primera característica, que muy frecuentemente olvidamos en la toma de decisiones del más alto nivel, es que somos una **región eminentemente forestal**. Forestalidad que nos diferencia profundamente de las demás regiones de nuestro país y, por lo tanto, exige muy diversos y específicos instrumentos de acción social, pues de dicha característica se derivan consecuencias que consolidan esta peculiaridad, tales como su **diversidad de ambientes** que generan, a su vez, **diversidad de vida florística y faunística, abundancia de recursos naturales renovables, grandioso potencial**

paisajístico; todo ello en el marco de una **prodigiosa ruralidad** que, hasta ahora, no tomamos en cuenta en las decisiones de acción político-social y económica.

Esta ceguera de la clase política regional es de tal magnitud que los planteamientos de desarrollo no solo se deshacen ante el primer encuentro con el bosque, que es el entorno natural y predominante, sino que significan graves atentados a su integridad. Este olvido tiene su evidencia más contundente en los campos de **la salud** y la **educación** en los cuales lo mejor que hemos hecho es la extrapolación de modelos de producción de servicios a imagen y semejanza de los vigentes en las áreas urbanas.



Siendo una región predominantemente rural, la nuestra está muy lejos de ser percibida por el colectivo regional como tal. La presencia imponente, demográficamente hablando, de Iquitos, Pucallpa, Contamana, Puerto Maldonado, Yurimaguas, Requena, Caballo Cocha, Nauta y San Lorenzo ha implicado un trato discriminatorio en las diversas decisiones de política adoptadas en nuestra región respecto a las áreas rurales, dentro de las que se desenvuelven dichos núcleos humanos. Estos núcleos poblacionales, incrustaciones dolorosas y forzadas en el bosque amazónico, vienen siendo focos de deslumbramiento y de un excluyente trato preferencial en las diversas decisiones, tanto regionales como nacionales, a pesar de la inconmensurable riqueza material e inmaterial que significan para nuestro presente y futuro las áreas rurales, respecto a las que muy pocos esfuerzos, y mucho menos reflexión, hemos dedicado.

En el marco de una visión holística, integral, de nuestra Amazonía deberíamos dirigir nuestra atención al inmenso potencial rural que tenemos para su aprovechamiento racional con fines sociales, pues es allí en donde están nuestras mayores potencialidades para el logro de un **desarrollo endógeno, intercultural y sustentable**, como es el que necesitamos.



Por carecer de esta visión y acción, las únicas que se están beneficiando, por cierto que muy destructivamente, son las empresas foráneas. Es esta forestalidad y su consecuente ruralidad la que debe servirnos de referencia, pues ellas conllevan riquezas a las que hasta hoy no les hemos brindado mayor atención: la **pluriculturalidad** y el **multilingüismo** que, a su vez, encierran otra gran riqueza: los **conocimientos tradicionales**, que aún no aprendemos a valorar, poseídos por los miembros de las colectividades indígenas y

mestizas de todos los pueblos ribereños, que les ha permitido relacionarse exitosamente con su entorno ambiental. Conocimientos que bien haríamos en recopilar, sistematizar y validar para su uso en nuestros proyectos de desarrollo.

Es necesario puntualizar, a este respecto, que dichos pueblos, en especial los indígenas, tienen una historia rica en acontecimientos y respuestas creativas, además de contar con organizaciones activas en el reclamo de sus derechos, hoy con respaldo internacional; reclamos a los que muy poca atención les venimos brindando en las esferas del poder mestizo urbano.



Aunque no hayamos aprendido a valorarlos como vivientes de las áreas rurales, son ellos, conjuntamente con los mestizos ribereños, quienes nos garantizan la ocupación de nuestro inmenso bosque, pues tienen formas de vida adaptadas a dichas condiciones; condiciones que, inteligentemente, muy bien haríamos en incentivar y fortalecer para garantizar nuestra presencia en el inmenso territorio que comprende nuestra región.

En consecuencia, una política racional de desarrollo humano en nuestra región tiene que enfatizar el fortalecimiento de nuestra forestalidad y ruralidad, para lo cual se requiere de la formación de un potencial humano con un equipamiento psicológico que posibilite el aprovechamiento para el beneficio social de dichas características.